

NÚMERO 36

Crepúsculo



PROXIMIDAD

Publicación que pretende promover el conocimiento, prevenir la pereza intelectual y fomentar la lectura



IMAGEN DE TAPA
Whirligig with jumping frogs - Museo Smithsoniano de Arte Americano

Staff

Director

Ricardo René Cadenas

Coordinador

Christopher Fasoli

Colaboradores

Paula Carrella

Guadalupe Ramírez Oliberos

Editor

Matías Di Loreto

Diseño Gráfico

DT PRINT S.A.

Propietario y Editor

Fundación Tres Pinos

Moreno 1836 6to. B

Tel.: 011-4372-2154

Impreso por DT Print S.A.

0237-4664818

Bvar. Alcorta 183

Paso del Rey

Buenos Aires

SEPTIEMBRE 2020

Registro de Propiedad Intelectual

Expediente N° 5138548

La publicación de opiniones personales vertidas por colaboradores y entrevistados no implica que éstas sean necesariamente compartidas por Revista Crepúsculo

www.fundaciontrespinos.org

info@fundaciontrespinos.org



Sumario

05 EDITORIAL

06 *Por Lucas Bask*
APROXIMACIONES AL FIN DEL MUNDO

09 *Por Gonzalo Ana Dobratinich*
LO NUESTRO Y LO NEUTRO. FRONTERAS
ENTRE LO AJENO Y LO PROPIO

13 *Por Verónica Leyes*
EL VESTIDO

15 *Por Verónica Leyes*
LA HIJA DEL PATRÓN

19 *Por Bautista Aleman*
MI PRIMER EMPLEO

22 *Por Nora Smael*
EN EL ASCENSOR

24 *Por Verónica Leyes*
TRAPECISTA



Proximidad para principiantes, lo que tenemos cerca o lo que está por venir. Espacio y tiempo. Distancia y cercanía. Circunstancia influyente sobre territorios, confines, ideas, tiempos, gente, objetivos. Portal a lo desconocido, a lo que genera empatía, rechazo o aflicción, curiosidad, miedo o nostalgia.

Con la cercanía de fiestas y celebraciones florecen en algunas familias los recuerdos por quienes ya no están.

Estar cerca es bueno, decía el slogan de un canal de televisión.

Estaré cerca de un feed lot por el olor fétido que hay en la ruta.

Ayer estuve cerca de mi ídola, hicimos una selfie.

Alcanzar un objetivo aún reviste una épica vital: puede fundar un hito.

Para vencer la distancia navego en google maps.

Vencer la distancia es entonces vencer también el desconocimiento.

La proximidad genera saber.

La inminencia es la gran proximidad.

El año 2020 inicia una década, ¿han reparado en eso? ¿qué les produce? El año nuevo no tiene nada para ofrecer dice el verso de una canción. Todos los comienzos son desiertos, afirma otra lírica. 20 años no es nada dice el tango. 365 oportunidades dijo Mafalda.

¿Cuál es nuestro compromiso con el futuro? ¿Cómo queremos que se nos recuerde? ¿Qué hacemos para tal fin? ¿Nos importa mucho, poquito o nada? ¿Lo próximo siempre trae novedad? ¿Consultarías algún oráculo como quien orejea un naipe?

Extendemos la invitación habitual para examinar al vacío una idea, ponerla como tema de conversación, pensamiento e intercambio. Un desafío a sacarle jugo a las palabras, lidiar con su sonido y sus significados.

APROXIMACIONES AL FIN DEL MUNDO

Crepúsculo | por *Lucas Bask*

Apenas habían pasado las 21 hs. en la todavía clara Patagonia. El colectivo con el motor encendido pero detenido en su marcha, me ofrecía a través de las ventanas las pálidas columnas de una estación de servicio y, unos metros más atrás, una hilera de finos y altos árboles que no alcanzaba a distinguir si eran álamos o qué. Ante tal panorama, empecé a sospechar sobre mi idea del fin del mundo.

Tiempo atrás el plan de excursionar por “las bodegas del fin del mundo” había quedado en suspenso en una visita anterior, por lo que esta vez se reflató junto con aquellas primeras imágenes que me habían asistido cuando trataba de imaginar -acaso ingenuamente- cómo sería aquello.

El recorrido comenzó algunos kilómetros más allá de la ciudad capital neuquina atravesando la ruta provincial N° 7, donde bodegas productoras han devenido en atractivo turístico y que se pueden visitar con recorrido guiado y todo. Turismo del vino que le dicen.

Los carteles al costado del camino pretenden ser elegantes y solemnes, de fondos negros y tipografía estilizada. Con datos precisos -empresa, slogan y kilómetros para llegar-, invitan.

Un giro a la derecha en la intersección de la ruta con la calle 7, ofrece una extensa hilera de finos y altos árboles (como estos de la pálida estación de servicio) que hacían de muralla natural para manzaneros, perales y viñedos, al tiempo que escoltaban el camino de ripio hasta la base de operaciones donde se procesaba la uva.

El viento templado de la media tarde alborotaba la copa de las vides y sacudía con ganas y

de manera sincronizada a la lunga custodia, que apenas atajaba el polvo que se desprendía de las bardas cercanas y del andar del coche.

En esta Patagonia seca aquí todo alrededor era verde, obra y gracia de los caños y canales artificiales que delataban lo inducido del asunto. Tras el auto el polvaredal dejaba una estela y debajo de él, las piedras sonaban como el pisin-gallo en la metamorfosis al pororó.

Hasta acá más o menos tal lo imaginado aquella primera vez, sólo que dicha base de operaciones resultó mucho menos rústica de lo que ingenuamente había supuesto. Por el contrario y en lugar de una cabaña recóndita y solitaria, entre el uveral se levantaba una sólida y gris construcción de hormigón armado, con puertas vidriadas y lustrosas barandas también grises.

Recostados en uno de los accesos, tres tipos elegantemente vestidos vociferaban entre sí y reían estrepitosamente, como si ya hubieran catado todas las cepas disponibles y en repetidas oportunidades.

En la recepción del complejo, en vez del aroma áspero del vino nos recibió un olor a desinfectante de pisos, un aire acondicionado en 20 grados, una piba uniformada con cara de pocos amigos y una pequeña sala de espera. Allí, un tardío, raquítico y deslucido árbol de navidad se inclinaba por los corchos con que lo habían adornado; mientras que de una pequeña mesa vidriada se podían tomar los diarios del día y algunas publicaciones para usuarios de cierta tarjeta de crédito. Las revistas, ofrecían interrogantes atrapantes como “¿La redefinición del chic?” o pequeños artículos sobre extensos lugares para recorrer.



Mountainous Landscape | Cooper Hewitt

También, y para sacarle provecho al paisaje, el ladrillo en las paredes había sido reemplazado por amplias aberturas vidriadas que de un lado ofrecían las plantaciones y del otro, las entrañas de la bodega.

Una pareja sentada en los sillones de la sala, paseaba su vista por las publicaciones sin algún interés aparente. Colgadas de sus cuellos, cada uno llevaba una Cannon que habían estado disparando entre los viñedos. Ella era chilena y se comunicaba con él susurrando palabras en francés, al tiempo que éste hablaba de corrido en castellano neutro y también susurraba en francés para ella.

Después de unos largos minutos, la cara de pocos amigos de la recepcionista se atenuó forzando una sonrisa y un "¿vamos?". Luego, empujó la puerta de vidrios biselados que daba a las entrañas de la bodega y entonces sí: allí el amaderado aroma del vino reinaba en la atmósfera, así como huelen los corchos recién extirpados del pico de las botellas.

La visita guiada duró apenas unos veinte minutos: "Aquí las bocas de esos enormes contenedores de acero por donde los operarios colocan las uvas; esta escalera descendente que grafica el método por gravedad elegido para el proceso de producción; y por acá las barricas donde se almacena el vino, a unos tres metros bajo el suelo, lo que garantiza ciertas condiciones de humedad y temperatura".

Luego, todo terminaba en un mostrador donde no faltaba el cambio en efectivo y un operador portátil para transacciones con tarjeta de débito.

Allí, además, se podía catar. Para tal faena, el francés tomó con su mano izquierda la copa de pinot noir que había pedido y comenzó a agitar suavemente en su boca el primer trago. Acto seguido, con el dedo índice de su mano derecha esparció la humedad del primer sorbo alrededor del borde de la copa y la olfateó, para introducir luego su nariz todo lo que la copa se lo permitía. Actuaba, digamos, como un somelier.

Al pie de una escalera un cartel verde flúo -que desentonaba con la estética de catacumba que habían adoptado los pasadizos subterráneos- indicaba la salida. Tras ella, tuve la sensación de haber sido guiado por un folleto parlante.

Eso, había sido la bodega.

Afuera, unos bancos de plaza barnizados enfrentaban el uveral ofreciendo una inmejorable panorámica: el sol de la media tarde ponderando un extenso manto verde, custodiado por finos y altos árboles.

Silencio.

Al final de aquella postal el polvaredal sobre el ripio anunciaba nuevas visitas, mientras que el rumor de un motor atravesaba la ruta invisible.

Esto pretendía ser el fin del mundo. O mejor, en un lugar así había pretendido encontrar mi imagen del fin del mundo. Ante tal panorama, empecé a preguntarme si en la próxima bodega habría encontrado la misma imagen del fin del mundo, o si éste se me habría presentado de otro modo. O también, si cada vez que viera estos finos y altos árboles -que no alcanzo a distinguir si son álamos o qué- se me figuraría el fin del mundo.

LO NUESTRO Y LO NEUTRO. FRONTERAS ENTRE LO AJENO Y LO PROPIO

Crepúsculo | por Gonzalo Ana Dobratnich (*)¹

Entender la multiculturalidad no es solo traducirla en términos de xenofobia, de migración o minorías nacionales sino que es entender la afectación que sentimos por la proximidad de los distintos, del “otro” que se nos instala y a su vez nos interpela. Es también la exclusión social, los miedos, el rechazo, en definitiva, el otro más cercano. Ese “otro” representa la conversación desde la cual se habla, comunica e interpreta, en la que otras sociedades también participan, muchas veces de modo opuesto².

Por ello la propuesta se dirige a la deconstrucción del concepto de cultura. Si analizamos los testimonios y discursos coloniales, se observa cómo éstos son intervenidos constantemente por perspectivas surgidas desde minorías participantes en las diferentes sociedades. Dichos testimonios y concepciones están activamente influenciados por discursos ideológicos de la modernidad, enmarcados en perspectivas que intentan darle un cierto marco de normalidad. Se pretende un trato homogéneo, en un contexto signado por el desarrollo desigual y caracterizado por la participación de una multiplicidad de grupos. Son los sujetos ocultos, los raros, los que no participan, en definitiva, los que se “invisibilizan” sin dejar que actúen en el entorno. Es por ello que en este contexto, todas las posibilidades de cambio y establecimiento de nuevas perspectivas emancipadoras, no se pueden seguir pensando desde discursos que parten del mismo marco teórico impuesto por el discurso dominante, sino que requiere una reestructuración y un cambio radical de las concepciones y símbolos en la cultura.

El signo cultural está vacío de contenido, no responde a un esencialismo apriorístico sino que es un espacio de indeterminación en donde los discursos en pugna buscan poner sus propios límites de significación. La cultura dominante es quien argumenta, es productora de sentido y valor, con pretensiones ahistóricas e intenciones de una supuesta normalidad necesaria e ineludible. Ello conduce a que todo discurso minoritario emergente, no pueda apoyarse en el pasado, tener viabilidad en el presente ni proyecciones futuras. La ruptura o emancipación de la identidad cultural, se hace imposible. Esta se ve representada en el marco conceptual dominante, sin posibilidades de emancipación simbólica alguna que permita una transformación cultural y una perspectiva propia de su identidad.

En este sentido es muy interesante el cuestionamiento que realiza el teórico Homi K. Bhabha sobre el cómo y el que de la cultura, es decir, la producción conceptual. El discurso cultural interviene activamente y refunda constantemente la transformación y conservación de la identidad cultural que se pretende sostener. Es un mecanismo importante que sirve de pilar a toda una construcción de sentido hegemónico.

¹ Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Instituto de Investigaciones Jurídicas y Sociales “Ambrosio L. Gioja” (UBA). Docente (UBA-UNPAZ). Magister en Filosofía del Derecho (UBA). Doctorando en Derecho (UBA-UMA, España). Correo electrónico de contacto: gonzaloanadobra@gmail.com

² Mansilla, 1966, p. 547



Esa indeterminación o “ubicación híbrida” como lo llama Bhabha, interpela a la crítica poscolonial, y la obliga a estudiar y analizar espacio-temporalmente la narratividad contenida en la cultura, en un campo dispuesto a ser ocupado, pero no libre de controversias, pugnas de intereses, transacciones de ideas y una miríada de pretensiones. Los límites del conocimiento cultural van a ser las bases desde las cuales se va a poder entender la cotidianidad de la identidad. Sin embargo ello no es imposible, porque el signo está así presente, indeterminado y dispuesto a ser ocupado. Los significados pueden ser desplazados desde el lenguaje, que nombra, interpela, constituye y construye identidades propias.

Surge así, a decir de Bhabha, el “derecho a significar”. Es interesante el cambio que realiza el autor, porque al establecer esta categoría, al decir “derecho a...”, nos muestra otra perspectiva que influye directamente en el ámbito de la acción. El poder de la palabra reside en el poder de la acción. Al entender que la significación es un derecho, se nos está indicando que, en cada acto del habla, tenemos activa participación en la constitución de identidades culturales, como un proceso abierto a la injerencia de múltiples opiniones. Ello corta transversalmente toda una perspectiva epistemológica sostenida desde la modernidad, basada en la significación como obligación, es decir, como repetición automática de las representaciones conceptuales, que se consideraban cerradas y universales. El uso de la palabra es el que permite imprimirle la orien-

tación que se desee. Cada sujeto interviniente debe interpretar el mensaje desde su posición y con las implicancias que le ha impuesto el entorno.

Esta perspectiva de análisis pretende dejar de lado la pretensión de un punto de observación privilegiado y normal, como patrón racional occidental que marque la dualidad y lo diferente de lo externo, “lo otro” problemático y anómalo. La nueva perspectiva planteada no demuestra la dualidad con la que carga desde la modernidad, pero tampoco puede hacer su análisis desde dichas categorías. Debe en cambio, intervenirlas con nuevos instrumentos que permitan dar cuenta de las intenciones acalladas en dicha dualidad. Ello le permite salir de la búsqueda de justificación y apoyo en una “sociedad en común”. La resignificación de las identidades culturales no busca el fundamento esencialista de una humanidad global y acabada, sino que construye dicha humanidad buscando el reconocimiento de cada una de las identidades culturales que en dicho proceso participan.

El proceso de significación de la identidad hace necesaria su aplicación sobre todos los intersticios del discurso cultural. En este sentido Bhabha propone analizar este proceso de “traducción” que se expande en todos los niveles en donde participa activamente el lenguaje. Este último tiene un papel cardinal en el proceso del conocimiento cultural y de cómo es posible establecer una nueva narratividad que se aleje de una pedagogía de nominalización imperialista



Fragmento de bordes | Paracas

para librarse de todo intento de objetivización y totalización del conocimiento. La función debe ser pragmática, productiva, libre de todo nombre e imposición de categorías. Atomizar los relatos, ampliar el centro, el signo, llevando ello consigo la posibilidad de mantener constante el “derecho a significar y traducir” la pluralidad de identidades. Es un proceso que no tiene pretensiones de final ni de ser un dispositivo cerrado, sino que se procura establecer el discurso de la diferencia puesto a la revisión constante sin un único vínculo con el pasado como justificativo necesario del presente.

En toda narratividad de la identidad cultural, los conceptos intervinientes llevan consigo impresos horizontes de sentido, entre ellos la humanidad. Ello permite la particularidad de pensar las identidades como un proceso acabado y de establecer límites que demarquen “lo otro”, lo que me es ajeno.

Desde ciertos tópicos discursivos, se pretende dar entidad a estas formaciones sectoriales como si dicho acto fuese la iniciación para participar en el juego de una determinada cultura. Las leyes las reconocen y con ello queda la tranquilidad de tenerlos encuadrados en un determinado espacio. Pero este acto de reconocimiento legal-nominal no está libre de controversias e implicancias ideológicas. El hecho de que una nominalización las constituya, hace que entren a formar parte de todo un entramado de conceptos que deben aceptar y desde los cuales van a

pensar y actuar. La aceptación obligada de un contrato de cláusulas cerradas.

La construcción cultural dominante tiene, como correlato oculto, la destrucción o eliminación de las minorías que no constituyen parte del todo cultural, estatal o nacional. No necesariamente hay una eliminación física de las mismas, entendiéndola desaparición geográfica, sino que en ese proceso de nominalización, el hecho de no nombrarlos los elimina del discurso, lo que implica la no participación activa en decisiones sociales y su constante estigmatización.

El lenguaje constituye, crea sentido y realidades. El “derecho a nombrar” entra en pugna con el “derecho de las minorías”. Para poder establecer qué es una minoría, primero debe definirse, y quien domine el discurso podrá repartir entidades a discrecionalidad. Esta discrecionalidad no será infundada, sino que responderá a intereses de la autoridad reconocida para nombrar, aquella que considerará qué minorías “son acordes” con los lineamientos establecidos. Bhabha indica que “la lealtad forma parte de la definición (mismas) de minoría” (p. 73). Es decir, serán llamadas “minorías” aquellas que sean nombradas por y desde los intereses del discurso político dominante, mientras que las que quedan por fuera del círculo narrativo, no serán reconocidas como tales, esperando paulatinamente su desaparición discursiva y física.

La identidad de las minorías se ve amenazada por el mismo “reconocimiento de identidad” desde las representaciones políticas dominantes. Este reconocimiento no siempre trae consigo la diferencia y la participación activa en la toma de decisiones de todos los grupos intervinientes en la cultura. Se hace necesario así, destacar la importancia que tiene la identificación de un “ellos” como condiciones de posibilidad de un “nosotros”. La problemática se genera con aquellos que constituyen minorías desde el discurso dominante, aquietando su relevancia en la pugna por los derechos. Al igual que el signo, se encuentran en el medio, híbridos, indeterminados entre su reconocimiento individual y la participación grupal. La oscilación del grupo entre la individualización y la unión al grupo, obligan a “traducir a la humanidad”. Lo que en un principio se pretendió racionalmente definido, hoy demanda una apertura a las emergentes minorías. Es una producción, un acto constante de representación que demanda ampliar el marco de referencia y ubicar en el grupo político las nuevas identidades. Se atomiza, y es necesario que sea así. Su definición será posible en cuanto se la entienda conformada por otros grupos que ella misma ha categorizado.

¿Acaso la identificación de las identidades no es una demarcación política con pretensiones hegemónicas? ¿Cuáles son los parámetros que permiten constituir y establecer “lo nuestro” y “lo ajeno”? La humanidad ha creado sus monstruosos miedos y, lo que es más interesante, ella misma se asusta de su proximidad y cercanía que se le instala y a su vez la interpela. Argumenta desconocer esos monstruos, mientras que éstos le demandan, en todo espacio y tiempo, el reconocimiento de su paternidad.

“-Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

-¿Estás seguro?

Asentí.

-Entonces -dijo recogiendo las agujas- tendremos que vivir en este lado” (Cortázar, 2011)

Bibliografía

- Augé, M. (2009). Los no lugares. Espacios del anonimato (una antropología de la modernidad). Barcelona: Ed. Gedisa.
- Bauman, Z. (1997). Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales. Buenos Aires: Ed. Universidad Nacional de Quilmes.
- Bhabha, H. K. (2013). Nuevas minorías, nuevos derechos. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1991). Language and symbolic power. Cambridge: Ed. Cambridge University Press
- Cortázar, J. (2011). Bestiario. Buenos Aires: Ed. Alfaguara.
- Derrida, J. (1998). Márgenes de filosofía. Madrid: Ed. Cátedra.
- Fairclough, N. (1995). Language and power. London & New York: Ed. Longman.
- Fitzpatrick, P. (1998). La mitología del derecho moderno. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2000). Genealogía del racismo. Buenos Aires: Ed. Altamira.
- Gorali, M. (2012). Hospitalidad y hostilidad: apuntes para pensar el poder. Revista Filosofía del Derecho, I(1), 119.
- Laclau, E. (1995). Universalismo, Particularismo y el tema de la Identidad. RIFP, 5, 38-52. Recuperado de http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:filopoli-1995-5-1C777F7B-79B6-19D3-B6B9-B7F90B382C27/universalismo_particularismo.pdf
- Mansilla, L. V. (1966). Una excursión a los indios ranqueles. Buenos Aires: Editorial Ed. Kapelusz.
- Mouffe, C. (1999). El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical. Madrid: Ed. Paidós.
- Ruiz, A. E. C. (2011). ¿Cuál es el buen orden?. Direito e Psicanálise. Intersecoes e Interlocucoes a partir de “O Senhor das Moscas” de William Golding, 219-224.
- Zizek, S. (2003). Ideología. Un mapa de la cuestión. Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económica.

EL VESTIDO

Crepúsculo | por Verónica Leyes

Cuando llegué me senté en la sillita de siempre.

Solía darla vuelta, para no tener que verte a la cara mientras te hablo sin parar, como una idiota. Y con el brazo recostado sobre la mesa, todo empezó como de costumbre.

Pasaron varios minutos, y no me percataba.

Hacía semanas te gustaba jugar con algo mientras conversabas conmigo. Pero desafortunadamente, hoy fueron mis lentes.

Los había dejado callados, apoyados sobre tus papeles. Y en algún momento los tomaste, ansioso. Para retorcerlos entre tus dedos.

Yo no sé qué manía te agarraste. Pero el ruido que hacías me desconcentraba y una vez hasta me dio risa.

Y te lo dije... que parecía que ese día pasabas por la vida, sin más preocupaciones. Pero en realidad creo, que tenías unas ganas terribles de acariciar alguna cosa, y te desquitabas con lo primero que alcanzaba tu mano.

La cuestión es que al rato empecé a sentir un olor raro. Como un vaho chamuscado, que trepaba por mi hombro.

No nos habíamos dado cuenta, ninguno de los dos.

Pero a través de los lentes pasaba un rayo de sol, que entraba, como un verdugo, por la ventana.

No vimos el pequeño punto de luz, sobre el vestido, sino hasta que fue tarde.

Y cuando el ardor me hizo girar la cabeza, una llama despertaba, y se comía la pechera.

Bruta desesperación nos agarró. Fue tan cómico...!! Vos no sabías si soplar me o pegarme con tu campera, y yo giraba en círculos tratando de sacarme el vestido.

La primera vez que te iba a ver con un vestido. No puedo decir por qué lo elegí. Será que las flores hacían juego con la primavera que despuntaba a mitad de la mañana. O sólo porque era ceñido y a mí me gustaba tanto... ¡ay! Me gustaba tanto mi vestido.

Pero en el caos me arranqué los botones, y lo dejé caer, mientras miraba atónita como se consumía.

Así me quedé.

Dándote la espalda.

Desnuda y asombrada de lo que acababa de pasar.

Vos atrás mío, hecho un fantasma, blanco y mudo.

Mire la hoguera unos segundos, y entonces torcí el cuello, como en una película de terror, y de verdad te debe haber aterrado mi mirada, porque tus ojos se agigantaron y tragaste saliva.

- ¿Conoces el término "emoción violenta"?

- Sí - me dijiste... ya achinando la mirada marrón.

- Estoy a punto de tener una.

Y ya sin poder contenernos, entre las sillas corridas, y el humo y las cenizas del vestido que volaban, con alguna flor aun en ellas, nos echamos a reír.

Nos pusimos rojos, nos escuchó todo el lugar. No estallaba la boca, se nos desencajaban los pulmones y la garganta nos dolía. Reímos hasta no dar más. Hasta que salieron lágrimas y se nos acabó el aliento.

Entonces nos miramos otra vez.

Esta vez, callados.

Me diste esa mirada profunda que me revoleás por la cabeza a veces, usualmente si estás enojado. Me viste, y yo, que ya había sido incendiada, ahora me volvía arroyo. No hubo nada que decir.

Vos te acercaste, y dudando un poco me acomodaste un rizo tras la oreja. Y yo no pude más que abrazar tu cintura y dejarme llevar por la calidez de tu cuerpo, que me cubría como una sombra.

Nos besamos.

Solo eso.

Pero puedo asegurarte que en ese preciso instante entendí, y sentí en cada rincón de mi ser y en mis miembros, que yo no sabía nada de la vida, no sabía de besar ni de hacer el amor, ni de amar a alguien. Nunca había tenido la más pálida idea de nada, hasta esta bendita tarde, en la que sin querer, me prendiste fuego.



Mäda Primavesi | Gustav Klimt

LA HIJA DEL PATRÓN

Crepúsculo | por Verónica Leyes

Qué sobresalto, cuando a las dos de la mañana el teléfono empezó a sonar.
El cuerpo todo te vibra y uno traga saliva, esperando recibir la peor noticia del otro lado.
Quizá algún familiar. Con mucha suerte la suegra.
O algún amigo desafortunado que se ha quedado sin señora.
Pero no era eso.
Levanté las manos aún grasientas y sucias, con ese tizne negro que deja el trabajo y traté de observar el celular con los ojos exhaustos.
Mataron a la hija del patrón- rezaba el mensaje.
Ay no- pensé. Y enseguida me senté en la cama.
Al principio quedé estupefacto. O sea... pobre chica, tan joven, y quise saber más.
Resulta que en una entradera le habían disparado en la cara.
Otra postal de esta ciudad de la furia de la que todos formamos parte.
Un número más en la larga lista de invitados al cementerio a causa de algún malviviente.
Me invadió la rabia y la indignación.
Me dio bronca y eso me terminó de despertar.
Todos mis compañeros me escribían la noticia una y otra vez, adhiriendo algún detalle.
Que si era por el auto. Que quizá se resistió.
Que salió el abuelo en patas al escuchar los gritos.
La gente se pone morbosa, o busca respuestas intentando una y otra vez reconstruir el hecho.
Pero entonces me senté en la mesa. Vacía y silenciosa. Y quise acompañar el té que me había preparado con un pedazo de pan y vi que no tenía.
Extrañamente, la incipiente angustia se detuvo en mi pecho, como si una ola polar hubiera pasado por la casa para freezarme la mente en un santiamén.
Claro!!!! Si no me pagaron - razoné, y entonces automáticamente recordé que hacía dos semanas me venían adeudando el sueldo.
No es crueldad. Yo no sé. No les puedo explicar lo que es. Pero sí lo que sentí.
Hacía ya tres meses nos pagaban a cuenta gotas.
Yo que le enviaba a mi familia en Misiones, renegaba y postergaba giros, y aguantaba reclamos a toda hora y llantos de mi madre.
Imagínense los que tenían hijos!!!! Yo no podría... Soportar llegar a casa, aún despierta, llena de niños que aguardan una cena que no entrará por la puerta.
Pero así el patrón nos muleaba.
Porque podía.
Y nos dejaba a todos en pampa y la vía, sin un vintén el bolsillo, olvidándose de la gente que cargábamos a nuestras espaldas.
Ese sí que era cruel.
Quizá esta era su lección. Se me ocurrió.

Pero no quise enroscarme con eso... Porque sería de mala leche. Y honestamente solo me dedicaba a trabajar como burro, soportándolo todo, sin meterme con nadie.

Largos minutos me quede en la mesa, recibiendo los arreglos para el servicio.

El grupo estallaba.

Pero al parecer solo yo recordaba, que no tenía pan esa noche, así que me despedí y me volví a acostar.

Muy temprano esa mañana ya estaba arriba.

Me abrigué bien, porque estaba fría la mañana, y salí a la parada.

Al pasar la SUBE, la maquinita gritaba: menos 19 pesos.

No había podido cargarla... Y ahora no sabía cómo iba a volver, pero había que quedar bien, y tener un gesto de humanidad, así el patrón no lo haya tenido conmigo.

Me senté en una esquina atrás de todo, y perdiendo la vista en el tráfico pensé en el bum del patrón... qué lindo auto... qué rápido que andaba... qué caro que sería.

Más de una vez de pura calentura quise pu-tearlo por Facebook... Lo busqué entonces y fue para peor... para peor!!!!!! Porque con el sueldo que no nos daba el muy infeliz se iba de vacaciones!

Si hubieran visto las fotos!!!!

Nosotros pasando las fiestas sin un mugroso turrón, y el tipo tirando fuegos maravillosos a la vera de una laguna artificial...

La rabia era grande.

Porque la injusticia siempre deja marca en la dignidad, y engendra, como veneno, un terrible odio.

Honestamente lo odiaba... pero que tenía que ver su hija, no???

Finalmente, ella no tenía la culpa... De haberse ido en esas vacaciones... De tener juguetes y ropa que los hijos de los obreros no tendrían... De comer todos los días, por las manos manchadas de hambre de muchas otras personas.

Parecía no correr el tiempo en ese bondi. Y el cielo se volvía espeso afuera... y gris.

Todo se sentía raro alrededor. Tan inestable... pero lo más raro ese día, era yo mismo... que al bajar frente a la casa velatoria, mirándome sobre la puerta del bus que se cerraba, no me reconocí.

Finalmente la calle se despeja, y se ve, en la otra vereda, el tumulto.

Cuánta gente llorando y sufriendo del otro lado... Y cuántas cámaras de televisión.

Entonces pensé en Javier... el gordo que vivía cerca de casa... a él lo mataron frente a la comisaría cuando de madrugada se iba para el trabajo. Una puñalada le dieron, por no querer largar la mochila. Pero como es de un barrio pobre, nadie salió en la tele para reclamar por él.

Y otra vez, no pude sentir pena por lo que pasaba.

Solo crucé la lánguida calle en silencio. Tratando de percibirme compungido.

Era mucha la tristeza allí dentro.

Encontré a varios amigos del trabajo, con los ojos desorbitados de tanto lagrimear.

Los familiares que trabajan con nosotros... todos destruidos. Muchas vidas se fueron al tacho junto con la desgracia. Porque cuando alguien muere, tantos otros mueren con él. Más cuando es una tragedia como esta.

No quise hablar mucho. Solo me senté por ahí... y lo vi, entrando en andas, casi cayendo, a mi patrón.

No podía parar el abatimiento en él. No estaba en sí.

Solo se paraba al lado del cajón, y suplicaba que no fuera verdad.

Pero lo era.

Ella ya no estaba ahí... ya nadie la podría despertar... Todo... todo por ese auto nuevo que él le regaló con el aguinaldo que no nos pudo cumplir no????

Y por allí empezaron todos, como viejas chillonas a mencionar, lo buena que era la nena... lo dulce, lo gentil. Todo lo que tenía por delante...

Y ya no aguanté la hipocresía, ni la de los demás ni la propia, y salí a fumar, esquivando algún desmayado ocasional... y las lloronas del barrio... Masticando mi asco.



Margarita de Austria | Jean Hey

Ya a estas alturas estaba enervado.

Como podía ser que todos hablaran tan bien de la piba????

Justamente el día anterior había hecho despedir a alguien por un entredicho... bueno... él le dijo pelotuda... y ella fue llorando a contarle al padre, pero es que hizo enojar al tipo porque lo llamaba cada cinco minutos para apurarlo. Si yo estoy cavando una zanja de 20 metros y vos me llamás, pelotuda es lo mínimo que puedo decirte... trabajo para vos como un perro de sol a sombra, sin siquiera media hora de descanso, y además en negro!!!! Y me vas a apurar??? No querida... no... Si con 20 me agredís, con 25 me das un rebencazo en el lomo... pero viendo de dónde venís... bueno... dicen que el fruto no cae muy lejos del árbol, verdad??? Aunque este fruto no crecería jamás...

- Qué onda Misio???- me susurró de atrás el Pelado.

- Nada, aquí ando, haciendo acto de presencia.

- Es terrible lo que pasó no??? Qué locura.

- La verdad que sí, pero esto le pasa a todos...

Mi compañero me miró... cazando la indirecta. Se dio cuenta que mi tono trasladaba algo de recelo. Y prefirió cerrar la boca.

- Andá a saber con esto cuando nos pagan... - continué

- Guau, da para largas Misio... para muy muy largas ahora...

Y entonces entendí que mis compañeros no lloraban por el patrón... Si no porque sus hijos pasarían otro mes sin poder comer.

Porque sus mujeres estarían frustradas, todos los días... y no les hablarían cuando llegaran agotados, denigrados, a la casa.

Ya me había pasado una vez... Que por estas cosas tan locas y simpáticas de la aristocracia, mis hermanitos no habían podido comenzar las

clases, porque ni para un cuaderno les había podido mandar...

Ya no quería estar ahí.

Entré, enardecido... Con ganas de dar vuelta el cajón a patadas. Pero me contuve.

Vi pasar al patrón, siguiéndolo con desprecio.

Nunca me sentí tan desprendido del dolor como esa vez.

Porque no contaba el dolor del patrón, si no el mío, y el de muchos otros a quienes él había hecho sufrir...

Nunca me creí mala persona. Pero llego a la conclusión de que lo soy. Aunque haya gente que haga cosas mucho peores que las que hice yo.

Porque era tanta la ira que se desplegaba en mi interior que me hacía cerrar los puños.

Porque era tanta mi impotencia que me rechaban los dientes...

Porque el cajón tenía adornos de oro... y adentro había seda... Pero mis zapatos de trabajo estaban rotos y mi estómago estaría vacío por muchos días más... Así que me acerqué, para ver la cara de la difunta, para despedirme finalmente, me asomé por los costados... la contemplé otro segundo, y juntando toda la inmundicia que mi corazón guardaba, me acerque un poco, y la escupí... justo en medio de la cara...

Yo no sé si alguien se habrá dado cuenta.

Pero enseguida hui. Y no quiero sonar aún más despreciable, pero estaba tan satisfecho.

Allá iba, la hija del patrón, llevando mi regalo a las profundidades del infierno.

Sentí haber profanado lo más sagrado para el... Y una picardía enorme e infantil me colmó los huesos. Casi sonriendo crucé entre los desahuciados... - adiós patrón - le dije a la pasada.

Y ya por unos días... aún con hambre, me refí solo.

MI PRIMER EMPLEO

Crepúsculo | por Bautista Aleman

En el club del trueque conocí a Selva, una mujer que solía abrir su casa para hacer ferias y que un día al final del intercambio interceptó mi pesquisa por los rincones del salón del club Ameghino para preguntarme si no me animaba a cortar el pasto en el patio de su casa. Unos metros más atrás venía mi hermano a quien presenté como mi socio, y que si no había problema íbamos juntos. Selva nos proporcionó una pala de punta, otra ancha, una carretilla, y un rastrillo, herramientas con las que revertimos algo del odio que nos daba hacer esa misma tarea en el extenso patio de nuestra casa. Recuerdo aquel 11 de septiembre de 2001 como la fecha de mi primer empleo, y porque en un momento sonó en el informativo de la radio la noticia del atentado a las torres gemelas.

Resultó una llave la propuesta de Selva a través de quien conocí después a Miguel Ángel, albañil con quien aprendí a madrugar, a hacer un pastón y a tomarme las cosas con cierto relajó, “podría haber sido peor” decía. Su condición de pastor evangelista en la célula de su barrio no le impedía a veces andar a las puteadas, y cada tanto intentaba acercarme al rebaño que arreaba junto a su esposa. Me sorprendió conocer en profundidad al pastor albañil, los demonios que a veces le asomaban, novedades todas para un pibe de 15 años con cierto imaginario sobre evangélicos, mormones y testigos de Jehová.

El kiosco de mi abuela nunca me entusiasmó. Tenía su mística: latas de pepas y polvorones que con el tiempo terminaron de gallinero; una caja con cafias, geniol y aspirinetas que se vendían por blíster o por unidad; estanterías repletas de chucherías y artículos de primera necesidad, y un mostrador en el que mi abuela charlaba con

pedagogía de catequista con cuanto evangélico, mormón o testigo de Jehová acertara pasar por ahí a predicar. Digo nunca me entusiasmó como puesto de trabajo porque ese mostrador me acobardó durante mi infancia, a diferencia de mi hermano que con desenvoltura salía a atender cada vez que sonaba el timbre, a decir que mi abuela no estaba y que qué necesitaban.

Otra historia fue aquel mostrador de la fiambrería en el mercadito de las torres de la UOM. Llegué recomendado por mi tío que me rescató una tarde del letargo veraniego que capeaba bajo una planta del patio de mi casa. Aprendí a diferenciar los quesos, a calcular a ojo el peso de un cucharón de aceitunas, y a abordar con pedagogía de catequista los desopilantes berretines de la clientela. Mis compañeros de trabajo: Cintia, que si llegaba tomando speed de la lata era porque estaba sin dormir desde la noche anterior que había ido al baile; Alexis, novel carnicero que con 17 años ya sabía despostar una media res; y Mario, el verdulero que me enseñó a ordenar el depósito y el escondite secreto en la cámara frigorífica donde tenía siempre una cerveza abierta para convidar.

Fueron rutinas a las que me entregué con fruición, con la curiosidad voraz de conocer gente y lugares, y con el desafío de entrenar el ingenio ante tareas insólitas, como la de poner de pie los 30 bancos de una iglesia para barrer y trapear el piso. Cada uno de esos empleos me aportó dimensiones novedosas que hoy día resumo en mi CV de manera aséptica como un listado de capacidades: resolución de problemas, creatividad, proactividad, trabajo en equipo, responsabilidad.

No quise ninguno de esos trabajos, se fueron presentando las oportunidades y no las dejé pasar. Si alguna vez quise tener un empleo, fue el de repartidor de folletos. Entregaba mis esperanzas al marketing de proximidad en vistas de una actividad que en perspectiva de un niño era la excusa perfecta para andar en la calle haciendo algo, ganando plata, y conociendo recónditos lugares de la ciudad, como seguramente le pasaba al pibe que cada tanto pasaba por casa dejando catálogos de electrodomésticos, zapatillas, libros.

Decidido a participar de tal empresa anoté de uno de esos catálogos la dirección de la casa matriz de un local de indumentaria deportiva, y por supuesto participé a mi hermano. Tengo el recuerdo de avanzar aquella tarde por una calle paralela a la avenida principal, como si fuera abriendo un sendero imaginario para que me siguiera pedaleando de pie sobre su bicicleta. De lunes a viernes hacíamos ese recorrido hacia la escuela atravesando el centro de la ciudad, esquivando motores de todo tipo; aquel sábado a la hora tranquila, pensaba y ordenaba mientras las palabras que diría cuando fuéramos recibidos por alguna persona a cargo. Creía poder generar confianza en algún posible empleador; también -por qué no- algo de cariño. Un gesto con aquellos borregos todavía pinta de nenes, pero con cierto aire de querer descubrir el mundo, sin compadrear, unas cuantas cuadras más allá del barrio que los promovía.

La situación ideal mediada por un portero eléctrico desmoronó toda perspectiva:

- Gracias, por el momento no estamos aceptando más solicitudes.



Industry | Arthur Durston

EN EL ASCENSOR

Crepúsculo | por Nora Smael

Bien. Vamos bien. Hasta ahora solo me veo forzada a convivir hasta la planta baja con una adolescente que mira su celular y escucha algo en sus auriculares. El aire alcanza para las dos.

Décimo piso. Suben cuatro hombres, tres donadies y uno demasiado corpulento. No sé si el máximo de seis personas incluye esos kilos de grasa y transpiración que se depositan cerca de mi olfato. ¿Todos irán hasta el final del recorrido? ¡Ojalá se bajen antes! ¡Todos! pero principalmente el excedido...

Empiezo a tener taquicardia. Me parece que me mira de reojo. No estoy segura porque no lo miro directamente. Lo observo con toda la discreción que me permite el sobresalto. Recorre todo con los ojos muy abiertos; parece sorprendido. Es el único que no mira su celular ni al vacío, como los demás. Las palmas de las manos se me humedecen. Pienso en bajarme yo antes de tiempo, pero tendría que pasar entre sus cuerpos para llegar a la botonera. (¿A la qué? Preguntaría la adolescente si sus oídos pudieran llegar a mis pensamientos). ¡Y a la lejana puerta! ¡Quizás hasta me vería obligada a hablarle al energúmeno! Permiso, por favor... La sola idea de rozar su ropa desarreglada, o peor aún, la piel de alguno de sus brazos llenos de gotitas enredadas en sus vellos me quita el aliento. Literalmente. Me sofoco. Me ahogo. Empiezo a ver todo oscuro.

Séptimo piso. Se bajan los otros hombres. ¡Justo a tiempo! Recupero un poco de aire, pero la proximidad del excedido me perturba. La chica sigue en su mundo. ¿No se da cuenta de nada? ¿No ve a ese ser desagradable contaminando nuestro aire? ¿No huele ese aroma fuera de contexto que despide? ¿No teme que la contagie de alguna de esas enfermedades que andan por todos lados, pero especialmente por los lados del voluminoso?

El tipo canturrea algo muy bajito, no distingo qué. Se mueve apenas como si siguiera el ritmo de alguna música íntima. Cambia el peso del cuerpo de un pie al otro, inclina la cabeza levemente hacia adelante y hacia atrás y... ¡Me mira! ¡Por Dios! ¡Me está mirando directamente, indistintamente, a los ojos! Creo que me voy a desmayar.

Tercer piso. El ascensor se detiene. (¿Quién tocó la botonera?). El tipo se da vuelta completamente hacia mí, inspira profundamente, me extiende una amplia sonrisa con todos sus luminosos dientes, me dice ¡Que tenga Ud. un muy buen día!, y se baja.

Con la voz impedida, la respiración jadeante y el vacío donde no depositar mi miedo, miro a la adolescente. Ella, la muy pillita, se quita los auriculares, apaga su celular, y me sonrío con malicia.



Group Portrait | Museo Smithsoniano de Arte Americano

TRAPECISTA

Crepúsculo | por Verónica Leyes

Contigo hay que ser como un trapecista
Y vivir dando mil saltos mortales.
Calcular distancia...y tomar medidas:
No vayamos a ponernos sentimentales.
TÚ: los pies en la tierra, YO: el alma en cielo
Tú libre como el viento, y yo queriéndote en mi camino.
Cruel casualidad habernos encontrado
En el ridículo circo de nuestro destino.



Mrs Mary Chambers Born 5th Dec. 36

Portrait of Mary Chambers Jumping Rope | Augustin-Amant-Constance Fidele